AÑO XLI

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11888

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 25 DE JUNIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El maestro Seguí

La comisión de la Junta local de instrucción pública que tiene el cometido de verificar los exámenes de las escuelas públicas en la parte rural de este término, se constituyó el sabado en la escuela del Albujón, á objeto de probar la suficiencia de los discípulos del maestro Seguí. Y después de pasarse en el establecimiento de enseñanza cinco largas horas, oyendo explicar á los niños las lecciones que les dá su maestro, constituyóse en trompeta de la fama del viejo profesor.

No lo extrañamos. Ni es tampoco esta la primera Junta que ha sentido impresiones gratísimas al hacer los exámenes en la citada escuela; desde hace treinta y cuatro años que D. F. Seguí se estableció en el Albujón, todas las Juntas que se han sucedido han consignado en sus actas y Memorias palabras de elogio para el ilustradísimo maestro.

Con vocación poco común, para ejercer el magisterio, con facultades extraordinarias para trasmitir lo que aprendió estudiando; con una paciencia incansable ante la cual tiene que declararse en fuga vergonzosa la ignorancia y con un sistema de enseñanza práctico y útil, que dá ópimos frutos y que viene trasmitiéndose de padres á hijos en la ilustre dinastía de los Seguí, el profesor de que nos ocupamos, segundo de tal nombre en el orden cronológico, es ventajosamente conocido; y ya en su escuela, ora en el Ayuntamiento cuando en el salón de sesiones del mismo se han verificado los exámenes públicos, ya en las fiestas infantiles, llamadas «reparto de premios» que se han sucedido desde que él enseña, ha podido el público que se preocupa en la enseñanza, juzgar á ese maestro de exterior humilde é interior de sabio.

La escuela del maestro Seguí no es solo el local de la clase. El campo es una prolongacion de la misma; y en presencia del arado que rompe la tierra, del labrador que siembra á golpe, boleo ó chorrillo, del obrero que escarda ó ingerta, de la acequia rebosante de agua ó del cielo iluminado por millones de estrellas, se explica agricultura y se dan lecciones de geografía, física y astronómica.

¡Y hay que oir á los niños!

Para ellos, Casiopea y las Pléyades, son tan familiares como sus convecinos y Júpiter y Pegaso son tan conocidos como el tío Pencho el de la leche ó el confitero ambulante que les vende golosinas los domingos.

En cualquier regato dan esos niños un curso de geografía física; y en los contactos de agua con la tierra clasifican las islas, las península, determinan las costas, señalan con seguridad los continentes y se dan cuenta de lo que son esos conceptos aplicados en grande á esta enorme bola que habitamos y llamamos mundo.

Celebramos que las impresiones de la Junta local de primera enseñanza sean satisfactorias. Ya que se sacrifica examinando y sacrifica el tiempo al bien común, justo es que reciba una compensación agradable.

En cuanto á que había de salir complacida de la escuela del Albujón, lo sabíamos. Nos constaba, como le consta á todo el mundo, que es mucho maestro el maestro Seguí.

TIJERETAZOS

La Publicidad de Barcelona sigue apuntando á los catalanistas.

Y dice que el programa de Manresa no es tal programa sino una vaguedad.

Será todo lo que usted quiera, compañero; pero en ese programa está clarísima la animadversión contra España.

Ese programa es un colmo de egoismo.

Todo por y para Cataluña—han dicho en él los catalanistas.

Y al resto del país que lo parta un rayo.

—

Al concierto económico que piden para sí muchos representantes catalanes le ha salido un enemigo formidable.

El mismo que le ha salido á los catalanistas: *La Publicidad*.

He aquí cómo se explica en ese asunto:

«El concierto económico pondría la fortuna de los contribuyentes á merced de quienes lo obtuvieran y lo organizaran. Sus directores poseerían la facultad de inmiscuirse en ciertas intimidades, fáciles de prohibir á una empresa arrendataria, que si obrase fuera de sus facultades, puede corregirla fácilmente el Gobierno.»

¡Que t... á... l... tal!

Y conste que *La Publicidad* paga contribución y varios de sus accionistas son contribuyentes por distintos motivos.

¡Qué tendrá el asunto en el fondo cuando hasta los contribuyentes lo hacen la cruz!

—

Ese Ayuntamiento de Barcelona ha denunciado un concejal por la venta de ciertos destinos y otras fricieras.

Y se ha armado, como es natural, un escándalo de P P y W.

El concejal acusa como corredores de esos destinejos á una señora, un sacerdote y dos periodistas.

Y hay que ver el batiburrillo que se ha armado en la clase.

A ver si resultan pertenecientes al gremio de catalanistas.

Sería un dato para añadirle una estrofa á *El Segador*.

JUNTA DE FESTEJOS

Con asistencia de numerosos vocales y bajo la presidencia de D. Fulgencio Vera Rey, celebró ayer tarde sesión la junta de festejos, con objeto de celebrar el concurso de planes de velada marítima.

Abierta la sesión, se dió cuenta por el señor secretario de que sólo se había recibido un pliego, con el lema *Neptuno*, y abierto á presencia de todos, resultó ser de D. Juan Huelgas, el cual presenta siete motivos perfectamente detallados y distintos, que ejecutará con arreglo á las condiciones del edicto.

No habiendo ningún otro proyecto y satisfaciendo el único presentado las aspiraciones de la junta, acordó esta adjudicar el concurso á D. Juan Huelgas.

Terminado este asunto, se trató de sí, aparte los premios de 1500 y 500 pesetas, que se adjudicarán á los botes de particulares que concurrerán á la velada marítima y los merezcan á juicio del jurado, se establecerían premios más pequeños, acordándose afirmativamente y fijándolos en el número de siete: uno de 100 pesetas, dos de 50 y cuatro de 25.

No teniendo la junta ningún otro asunto que tratar, se levantó la sesión hasta el viernes próximo.

TORRE INCLINADA

Conocido de todos es el renombre de que goza en el mundo entero la torre inclinada de Pisa.

Por espíritu de imitación ó de competencia, la «Revue Scion fique» expone á la admiración de sus lectores las glorias de otra torre, también inclinada, conocida por la denominación de «Temple Tower,» existente en Bristol (Inglaterra).

La arquitectura de esta torre, según asegura el articulista, es de estilo gótico primitivo, bastante elegante: la planta general es cuadrada y todas las aristas de las diversas partes del monumento son paralelas en absoluto.

La albañilería del edificio no ofrece la menor grieta ni figura alguna, ni señales de que la obra haya efectuado ningún movimiento; todo lo cual demuestra que el conjunto forma un bloque sólido, á pesar de la inclinación de sus muros.

Ni los archivos de la población, ni los de la iglesia de que depende la torre, facilitan el menor detalle acerca de las circunstancias bajo cuya influencia pudo haber sufrido la inclinación que hoy muestra la torre, pues no se hace mención para nada de ningún movimiento de terreno, ni de los cimientos.

La hipótesis que pudieran fundarse, pues quedan reducidas á una sola, ó sea á la de que la inclinación de la torre es efecto del capricho de un arquitecto que trató de construir un monumento que se diferenciara de los demás de la misma clase por las inquietudes que ocasionaría desde el punto de vista del equilibrio.

Dicha torre tiene la respetable altura de treinta y cinco metros, y siete metro y medio de la perpendicular.

Por lo demás, desde tiempo inmemorial se ha venido comprobando que la inclinación no ha aumentado en lo más mínimo, y los habitantes de los edificios que la rodean viven sin el menor sobresalto.

Minas de oro en Galicia

Han llegado á Bacerra (Lugo) cuatro ingenieros de minas y el doctor Aliwdaf, todos ingleses, con máquinas y aparatos para hacer pruebas definitivas de las minas de oro enclavadas en aquel término, y en las cuales tienen trabajando más de 300 hombres diariamente desde hace diez meses.

Las impresiones que hay hasta ahora son altamente optimistas.

Mr. Félix Pech, ingeniero francés, que ha descubierto y denunciado las minas y el director del Sindicato internacional de explotación, Mr. Jorge Layman, afirman que no hay nada igual en España, y insisten estas minas como las del Transvaal.

De la contratación efectuada resulta la ley del mineral pirita de hierro sulfuroso arsenical y aurífero argentífero.

Según los cálculos hechos, hay explotación para más de tres siglos, extrayendo diariamente 200 toneladas de mineral.

Los trabajos mecánicos y químicos se efectuarán en la minas aprovechando varios saltos de agua y se establecerá un tranvía ó ferrocarril eléctrico para el trasporte del mineral hasta la vía general.

EL CARBON

Hace tiempo que viene discutiéndose en la prensa profesional extranjera, un asunto interesantísimo para la industria del porvenir, cual es el gran consumo del carbón. Cada vez más creciente, en relación con las existencias reconocidas en las minas que actualmente se explotan en todo el mundo, y por cuya razón hay quien cree que la industria se halla amenazada de muerte, por falta de combustible, en un porvenir relativamente corto.

Mr. Leroy Beaulieu, economista francés,

olvidándose por completo del peligro. Los gritos y el montar de los fusiles del batallón encargado de defender nuestra batería oíase por una parte, cuando de súbito, por la izquierda elevóse un clamor desesperado, repetido por muchas voces. «¡Vienen por retaguardia!»—y Volodia, volviéndose, divisó unos veinte franceses. Uno de ellos, buen mozo, de barba roja, corrió hacia él, y deteniéndose á diez pasos de la batería le disparó un tiro y prosiguió su carrera.

Volodia, petrificado no quería creer á sus ojos. ¡Ante él, sobre el parapeto, más uniformes azules y dos franceses que clavaban ya un cañón! Excepto Menilkoff, muerto de un balazo junto á él, y de Vlang, que con los ojos bajos y el rostro inflamado por el furor, blandía el espeque, no quedaba nadie.

—Sígame V., Vladimir Semenovitch; sígame—gritó Vlang con voz desesperada, defendiéndose con la palanca contra los franceses que venían por la gola.

El aspecto amenazador del *junker* y el golpe con que derribó á uno los detuvieron.—Sígame V., Vladimir Semenovitch. ¿Qué espera? ¡Huya V.!—y se precipitó á la trinchera, desde donde nuestra infantería disparaba sobre el enemigo. Volvió á salir, sin embargo, enseguida para ver qué había sido de su adorado alferez. Una masa informe, envuelta en un

vió á los soldados abrocharse los capotes p salir fuera, unos tras de otros, y oyó á uno de ellos, probablemente Moni koff, decir chanceándose: «Vamos, hijos, ofrezcámosles el pan y la sal».

Volodia y Vlang, que no se apartaban de él, salieron juntos, precipitándose á la batería. Tanto de una parte como de otra, la artillería había cesado de tirar. La despreciable y cínica pusilanimidad del *junker*, más que la sangre fría de los soldados, tuvo la virtud de reanimar el valor del alférez.

—¿Me pareceré á él?—se dijo, lanzándose vivamente hacia el parapeto tras el cual estaban emplazados los morteros.

Desde allí vió distintamente á los franceses cruzar corriendo un espacio libre de todo obstáculo y venir derechos hacia él; sus bayonetas, brillando al sol, se agitaban en las trincheras más próximas. Un zuavo de corta estatura, de hombros cuadrados, corría, sable en mano, ante los demás, brincando los fosos. «*A metralla*»—gritó Volodia, saltando de la banqueta; pero á los soldados se les había ocurrido ya eso, y el silbido metálico de la metralla, lanzada primero por un mortero y después por el segundo, resonó sobre su cabeza «¡Primero! ¡Segundo!»—mandó, cruzando velozmente el espacio entre las dos piezas y

alguna; hubiera deseado, no obstante, beber algo frío y hallarse acostado con más comodidad.

Un médico, grueso y pálido, con patillas negras, acercóse á él y le desabrochó el capote. Koseltzoff contempló, por encima de su barba, la cara del doctor, que examinaba su herida sin causarle dolor alguno; aquél, tras de cubrirla con la camisa del herido, se enjugó los dedos con el faldón de la levita, y volviendo la cabeza, pasó, silencioso, á otro herido. Koseltzoff seguía maquinalmente con la vista lo que pasaba en torno suyo, y transportándose con la memoria al quinto baluarte, sintió dulce satisfacción al hacerse justicia; había cumplido bizarramente con su deber, siendo la primera vez desde que estaba en el servicio que lo hiciera sin tener nada que reprocharse. El médico, que acababa de curar otro oficial, hizo una seña al capellán, de hermosa y luenga barba roja, que permanecía allí con su cruz.

—Pero, ¿es que voy á morir?—le preguntó Koseltzoff, viéndole acercarse.

El *pope* nada respondió; recitó unas oraciones, y le presentó la cruz.

La muerte no asustaba á Koseltzoff; aproximando con mano débil la cruz á sus lábios, lloró.

—Los franceses... ¿han sido rechazados?...—preguntó al capellán con voz firme.